

NÚMERO ORDINARIO, 15 CENTIMOS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CENTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. " 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. " 5

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

El trabajo de Salvador.—La Corrida del jueves, por Don Jerónimo.—
 Revista de toros (4.ª corrida de abono), por Don Jerónimo.—
 Nuestro dibujo.

EL TRABAJO DE SALVADOR.

En *La Correspondencia de España* escribe las reseñas de las corridas de toros un aficionado muy sensato é inteligente que, sin faltar á las tradiciones de benevolencia que son la característica del popular diario, dice cosas muy buenas, muy justas y muy puestas en razón.

El domingo 16 del actual, sin ir más lejos, introdujo en su reseña de la corrida el siguiente párrafo, que es de oro:

«Notaban los aficionados verdad, que no se recompensa el trabajo de Frascuelo con las palmas que merece».

¡Qué verdad, qué verdad tan grande encierra este párrafo! ¡Una verdad como un templo; una verdad que se presta á muchos y muy variados y muy sabrosos comentarios!

En efecto; estamos viendo, uno y otro día, á un matador de toros y á un lidiador que son la encarnación de la vergüenza torera; estamos viendo en una y otra corrida á un torero que pone todo cuanto tiene, y hace todo cuanto puede y sabe, para demostrar al público sus deseos de quedar bien; estamos viendo á un diestro á quien habrán podido aventajar en arte y en serenidad algunas celebridades consagradas, cuyos hechos estamos acostumbrados á creer sin examen, pero á quien nadie, absolutamente nadie ha podido aventajar en entusiasmo por su arte y en conciencia para huir de todo aquello que puede manchar la reputación de un diestro pundonoroso.

Estamos viendo, además, á un primer espada metido á peón para dar ejemplo á los peones; metido á mono sabio para hacer andar á los caballos; apostrofando enérgicamente á los picadores para obligarles á irse al toro, y desesperado, ciego de ira al contemplar su ineptitud ante los elementos imposibles, cuya dirección le está encomendada.

Le estamos viendo torear los toros y estoquearlos cara á cara, más ó menos confiado, según las reses le dejan colocarse á gusto ó á disgusto, pero siempre valiente, siempre en la cabeza, marcando las suertes, enseñando la reunión, sin chapucerías de relumbrón, sin tranquilos aviesos, dando á cada toro la lidia que le permiten sus facultades y su inteligencia.

Le estamos viendo librar constantemente á todo el mundo de cogidas, entregándose á salvar á un compañero con el arrojo increíble y con la pasmosa oportunidad de quien prevee siempre el peligro porque sabe siempre donde se encuentra; y mientras él quita las cornadas á todo el mundo, no se

da jamás el caso de que nadie tenga necesidad de quitárselas á él, porque sabe evitarlas sin el auxilio de nadie.

Esto, y mucho más que callamos, está haciendo en todas las corridas Salvador Sánchez Frascuelo. Y, sin embargo, tiene razón *La Correspondencia de España*: las palmas que escucha Salvador del público, la recompensa que obtiene su trabajo, no está, ni mucho menos, á la altura de sus merecimientos.

El público le aplaude, porque no tiene más remedio que aplaudirle, so pena de cometer la más grosera de las injusticias; pero hay en este aplauso algo tibio, algo que parece violento y forzado, algo que indica claramente apasionamientos personales arraigadísimos, ó la perversión completa del gusto, á influjos de las preocupaciones ó de la ignorancia.

Cualquiera de las estocadas que da Frascuelo y que le valen palmas, proporcionaría ruidosísimas ovaciones á otros matadores de toros que no fueran Salvador. Diríase que lo bueno del afamado diestro, con ser inmensamente superior á lo que hacen los demás, constituye una cosa natural y lógica que no tiene nada de particular, ni merece, por tanto, atención extraordinaria.

Si no se nos tachara de paradójicos, nos atreveríamos á decir que el público de la Plaza de Toros de Madrid está tan desorientado, tan viciado y tan pervertido, ¡que no parece sino que le molesta la monotonía de lo bueno!

¡Por eso hay que ver con qué saña, con qué encono se lanzan ese público y la mayoría de la prensa á poner los puntos sobre las íes al trabajo de Salvador! ¡Hay que oír y leer aquello del baile y de la zaragata y del salir por la cara, y hay que oír y leer, sobre todo, las violentas é injustas censuras que al director de la plaza se dirigen, sin fijarse en ninguna circunstancia atenuante, sin parar mientes en los esfuerzos inauditos que hace Salvador para ordenar la lidia, con los elementos detestables que tiene á su disposición.

Al tratarse de la dirección de la plaza, antes se contentaba la prensa con breves palabras, breves y suaves. Ahora casi todos los periódicos hacen blanco de sus iras aquello que presenta mejor y más fácil tiro; aquello que saben que es vulnerable, porque no tiene remedio, y allí se fijan y allí se encarnizan, y de allí extraen un material considerable de censuras para oscurecer los méritos de Salvador.

¡Cuánto podríamos hablar sobre esta materia, nosotros que hemos procurado siempre escudriñar las causas que producen ciertos efectos! Pero no es hora de hacerlo hoy; ya buscaremos lugar y espacio para ocuparnos de estas cosas, con el detenimiento que merecen.

La Correspondencia de España, por otro lado, dice muy bien, cuando dice que los aficionados *verdad* son los que se lamentan de las irritantes injusticias de cierta parte del público, demasiado numerosa, preciso es confesarlo.

Pero afortunadamente, Salvador es hombre que busca en los riesgos de la lidia su mayor satisfacción y su mayor goce. No se le ve mendigar un aplauso por malas artes, y la seriedad y la calma que observa en la plaza, dan á entender que torea por torear, sin dar á ciertos apasionamientos, á los que está acostumbrado hace tiempo, más valor que el que realmente tienen.

Siga por ese camino; siga ostentando esa vergüenza torera, esa conciencia, esa inteligencia y ese valor que rejuvenecen de 30 años á los viejos aficionados gruñones, y escuche el siguiente sucedido:

Hace 40 años próximamente torea Francisco Montes en cierta capital de provincia, cuyo nombre no hace al caso. Llevaba el gran maestro, como segundo espada, á un torero, natural de la provincia aquella, muy zaragatero, muy ignorante y no exento de valentía en el momento de herir, cuando se presentaba ocasión propicia.

Dicho se está que con tales requisitos lograba verse jaleado por toda la plaza, á la cual enloquecían de entusiasmo las piruetas y los bajonazos de muerte instantánea que propinaba á los toros.

Mientras el público llenaba de ovaciones al segundo espada, Montes pasaba poco menos que desapercibido. Su arte admirable y fino, no estaba al alcance de aquellos aficionados, á quienes un recorte, una zapateta ó un estoconazo al revuelo, entusiasmaban más que la maestría del celeberrimo lidiador.

Un aficionado del país que tenía en Madrid su residencia, y era gran amigo de Montes, hallábase en aquella plaza y veía con dolor y rabia la injusticia con que el público trataba al maestro.

No pudo contenerse, y al terminar la segunda corrida de las cuatro anunciadas, habló á Montes, censuró con enérgica frase la ignorancia del público, y le dijo:

—¿Por qué no cambia V. de toreo, V. que los posee todos? ¿Por qué no torea V. aquí de un modo distinto que en Madrid y en Sevilla? ¿Por qué no da V. á estos mal aficionados lo que piden? Me da vergüenza ver lo que hacen con V.

Montes escuchó las quejas de su amigo, y le preguntó con mucha calma:

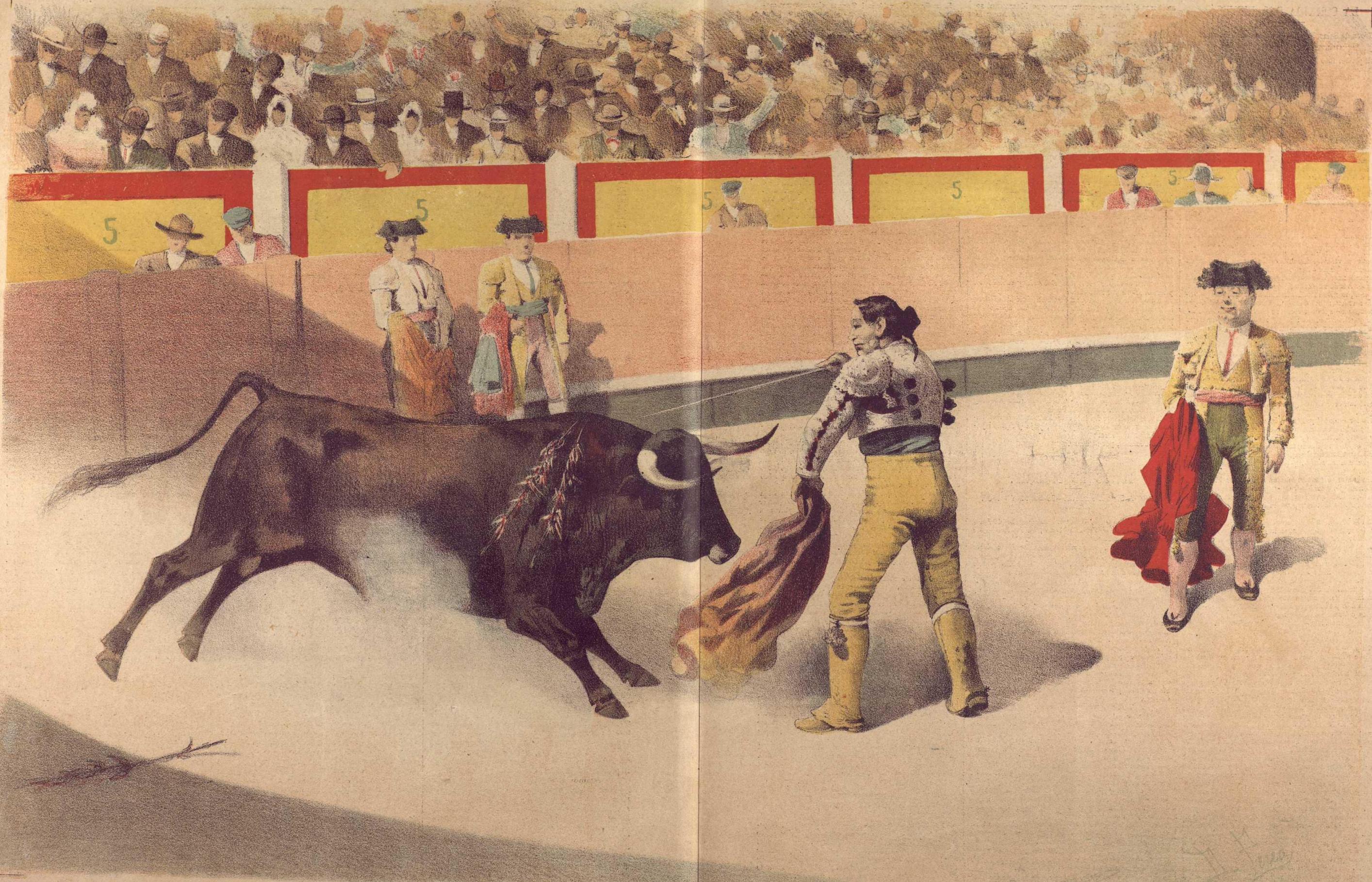
—¿Le ha gustado á V. mi trabajo en las dos corridas?

—Hombre, eso no se pregunta—contestó el aficionado.

—Pues bien—repuso Montes;—yo no conozco más que un toreo, ni puedo torear en Madrid y en todas partes, sino de una manera; la mía. Y las palmas de un aficionado como V. y media docena más que pueda haber en la plaza, me satisfacen por completo, porque trabajo para ustedes y no para los demás.

De la madera de los que eso dicen y eso hacen, de esa madera es Salvador Sánchez Frascuelo.

D. JERÓNIMO.



Lit de J. Palacios.

EL PICADOR PINTO MATANDO UN TORO.

Arenal, 27, Madrid.

LA CORRIDA DEL JUEVES.

Toros de Salas, lidiados por Frascuelo, Mazzantini y sus cuadrillas. El ganado empezó muy mal y acabó muy bien.

El primer toro fué tardo y huído, pero empujaba de tal manera, que en seis varas que tomó, propinó cuatro batacazos al Chuchi y á Agujetas, que estaban de tanda; el segundo fué voluntario y bravo, y mató tres caballos; el tercero, voluntario y noble, despachó un penco; el cuarto, bravo y duro de cabeza, deshizo cinco jacos; el quinto salió muy abanto, pero se creció y tomó doce varas, matando dos caballos; el sexto, bravo y de inmenso poder, dió cinco caídas espantosas y despachó dos caballos. En palos, se descompuso el primero, se quedó el segundo y se defendió algo el tercero, después del primer par; los demás, guapos y descubriéndose lo bastante todos para meter los brazos. En suma, una corrida que ha dejado en muy buen lugar á la ganadería de Salas. De cómo estuvieron los bichos para la muerte, lo verá ahora el curioso lector.

Salvador.—Superior, incomparable en la muerte de su primero. Era un buey reparado del izquierdo, al parecer, con la cabeza encampanada y refractario á toda faena. Después de intentar inútilmente reducirlo á la obediencia con el trapo, y cuando el público pedía un bajonazo á la media vuelta, Frascuelo quiso mostrar una vez más su conciencia tan mal apreciada, generalmente, y en cuanto el animal se cuadró, se arrojó Salvador al volapié, introduciendo medio estoque en lo alto, que después hizo caer hasta el puño, merced á tres pases naturales, consumados con una inteligencia superior á todo encomio. No puede darse más vergüenza torera, ni más arte. La inmensa mayoría del público no merecía aquel alarde de dignidad y de valor que es incapaz de apreciar como es debido. Cuanto á nosotros particularmente atañe, recordaremos siempre aquella brega y aquella muerte, como cosa extraordinaria y digna de figurar en primer término entre las páginas de oro de la historia torera de Salvador.

Su segundo toro era un meregué; estaba aplomado, pero noble; Salvador lo trasteó superiormente, é hirió dos veces; la primera en hueso y la segunda mojándose los dedos, al volapié; y arrancándose para la suerte, estando la res algo humillada, lo cual fué causa de que esta saliera consentida tras el bulto al tenerlo tan cerca, y obligara al matador á dar vapor á los pies.

El tercer toro (quinto de la corrida), pesaba algo, porque le había descompuesto el castigo de los tercios anteriores. Salvador acertó razones, y con solo siete pases, se dejó caer con una estocada alta y un poco tendida y delantera, porque el bicho se tapó. Sacó el estoque con la mano, y dobló instantáneamente el animal.

En las tres faenas se mantuvo Salvador á la altura de su nombre, y en las tres escuchó aplausos, aunque en ninguna los que merecía. Lo que acerca de este particular se nos ocurre, va dicho en el artículo de fondo.

En la brega, como siempre, único; en quites, como siempre también, oportunísimo y valiente, y en lo que atañe á la dirección, picadores que se apretaron ayer como el Chuchi, y bregaron con la valentía admirable de Manuel Agujetas, debieron probar al público apasionado que la dirección de la plaza es fácil cuando la gente quiere trabajar, y muy difícil cuando no hay medio de que cumpla con su deber.

Resumiendo: una gran tarde para Salvador, y una gran tarde, por consiguiente, para los aficionados que no van á la plaza á merendar, á dar vivas y á ver oleografías y diamantes americanos.

Mazzantini.—Nada con la muleta, que sigue siendo en manos del torero guipuzcoano un chisme inútil y perjudicial, y poca cosa con el estoque.

El primer toro que le tocó matar era un borrico; no hay que hablar de pases, por más que en estos apareció el diestro parando, cuando el que paraba era el toro; en la estocada arrancó Luis de lejos y cuarteó, por lo cual resultó ida y contraria. En su segundo hizo exactamente lo mismo, con la diferencia, en la muleta, de un desarme y varias coladas. Y en cuanto á su tercero, que quería huir á toda costa y tomar el olivo, pudo haber una desgracia por una obcecación incomprensible de Mazzantini. Este salió medio embrocado en el primer pinchazo, porque arrancó de lejos, y el toro se revolvió inmediatamente al sentirse herido, y salió á coger, huyendo. ¿Qué daba esto á entender? Que había que estrecharse, porque cuanto más estrecha es la reunión, más para el matador, y cuanto más para el matador, tiene más tiempo para rehacerse, y pudiendo rehacerse, tiene más medios de cuadrar y librarse de un embroque, con la defensa de la muleta, ó salir por pies antes que el toro le lleve ganado el viaje. En este caso basta el aviso de un capote para desviar al toro antes que se consenta, y en el contrario no puede ser, porque el toro sale ya hociendo al bulto.

Pues bien; en vez de obrar como aconseja en tales casos el sentido práctico, Mazzantini volvió á pinchar lo mismo y volvió á salir achuchado, y no hubo un desvío, porque la res se tiró de cabeza al callejón. ¿Creerá alguien que después de esto, cambió de faena el matador? Ni por pienso; al contrario, volvió á armarse para estoquear, muy largo, y con la increíble circunstancia de estar el toro muy cerca de las tablas, y con el trasteo en dirección perpendicular á éstas. ¿Qué había de ocurrir? Lo que ocurrió; que el bicho

salió tras el diestro como un rayo; que Mazzantini se zambulló en el olivo, y que el animal quiso hacer lo mismo, sin lograrlo afortunadamente, contentándose con pegar un topetazo al matador, que se libró de un encontronazo bárbaro, por no haber tenido fuerzas el bicho para saltar, pero que sacó lastimado un pie. No queremos hacer comentarios; únicamente diremos que aquella guapeza para arrancarse corto y derecho, á la cual debe Mazzantini su rápida fama de matador de toros, va amortiguándose con una prontitud inexplicable y dolorosa, como si el célebre lidiador de Elgoibar lo confiase todo á sus inmensas facultades naturales, y viese en lontananza las 60 y tantas corridas que hay que cobrar este año. En medio de todo, y tal como está hoy el público madrileño, ¿hace Mazzantini bien ó hace mal? *A i posteri l'ardua sentenza*; se lo decimos en italiano, porque sabemos que conoce el idioma de Manzoni. En la brega, Mazzantini trabajó con guapeza y con oportunidad; hizo á Agujetas, en el cuarto toro, un quite superiorísimo que le valió prolongada, entusiasta y merecida ovación.

Los banderilleros se lucieron todos, quien más, quien menos, y no es poco decir que aplaudieron á todos, porque ninguno de ellos, que sepamos, ha nacido en Córdoba. Ostión y el Regaterín obtuvieron dos ovaciones muy merecidas: por su finura y destreza Vitoriano, y por su colosal manera de castigar, Antonio.

Manolillo Agujetas se ganó aplausos prolongados en toda la corrida, y obtuvo en el sexto toro la ovación más grande que hemos visto hacer á un picador. La valentía incomparable del muchacho entusiasmó á la plaza toda al verle salir ileso de aquellos trompazos monumentales, que hubieran hecho polvo, al parecer, á los leones del Congreso. Agujetas es hoy el ídolo del público. ¡Bien por Manolillo!

La corrida del jueves, en resumen, dejó satisfechos á los aficionados, y bien merece un cordial aplauso el Empresario Sr. Menéndez de la Vega, no solamente por haber cedido el 20 por 100 del importe líquido á favor de las víctimas del ciclón, sino por haber presentado hasta ahora, en lo que va de temporada, ganado bien criado, y que, en general, ha cumplido perfectamente.

Y como hemos visto muchas veces en la plaza de Madrid hacer una ovación *al ganadero* cuando ha salido un buen toro, y dar una silba al *empresario* cuando el toro ha resultado manso, no es sino un deber de justicia batir las palmas, como lo hacemos de muy buen grado, al Sr. Menéndez de la Vega.

Advertimos que LA LIDIA está abonada á dos lanternas de tendido que ha pagado, paga y seguirá pagando mientras viva.

Lo decimos, por si acaso.

TOROS EN MADRID.

CORRIDA 5.^a DE ABONO.—23 DE MAYO 1886.

Toros del Duque de Veragua. Cuadrillas, las de Frascuelo, Cara-ancha y Valentín Martín, en sustitución de Mazzantini este último.

Rompió plaza *Cordón*; berrendo en colorado, capirote y botinero, ojinegro, coliblanco, de preciosa lámina y bien armado. Tardo y sin codicia, tomó cinco varas y dejó caer una vez á Badila, que tuvo una ovación.

Ostión clavó dos pares de castigo, cuarteando, y el Pulga uno de sobaquillo, desigual. El toro, aplomado y defendiéndose.

Salvador encontró al toro manso, y lo despachó de dos estocadas cortas y altas, precedidas de 12 pases.

2.^o *Tostenero*; cárdeno chorreado, bragado y meano, caído del derecho y de buena lámina, voluntario y blando; tomó siete varas, y no hizo más porque no podía.

Manuel Campos salió por delante y arrojó, cuarteando, un par trasero; siguió Currinche con un par al cuarteo, consintiendo, y terminó Manuel con un par de sobaquillo.

Cara-ancha se encontró con otro buey, al que toreó de muleta 18 veces, dejándose caer con una estocada muy trasera é ida, que hizo doblar al animal. El matador salió acosado.

3.^o *Pajarero*; castaño oscuro, meleno, bragado, ojinegro y bien armado, más voluntario que los dos anteriores, al principio, y tardo en cuanto le castigaron. Tomó seis varas y mató un caballo.

Barbi salió de primeras con un par cuarteando alto; siguió Regaterillo con un par á la media vuelta, después de seis salidas falsas, y terminó el Barbi con un buen par cuarteando. El toro quedado y tapándose.

Valentín despachó al toro de un metisaca bajo, después de 22 pases.

4.^o *Calabazar*; jabonero sucio, de libras, acapachado y caído del derecho. Tomó sin codicia cuatro varas y acabó tardo. Valentín se vió acosado en un quite, interponiéndose Pulguita con oportunidad.

Pulguita, después de verse casi embrocado, clavó un par al cuarteo; siguió Ostión con un par tremendo cuarteando, que le valió grandes aplausos; siguió Pulga con un cuarteando, y terminó Ostión con uno á la media vuelta. (Muchos aplausos.) El toro descompuesto y saliendo á coger con muchos pies.

Salvador, después de un trasteo admirable, tumbó al toro de media estocada superior, arrancando. (Ovación.)

5.^o *Peluquero*; cárdeno salpicado, bragado y meano, cornicorto y buey. Tomó una vara de refilón y dos acosado; mató dos caballos, uno de ellos entrando suelto, y fué justísimamente condenado á fuego.

Entre Currinche y Manuel Campos clavaron tres medios pares, y Cara-ancha despachó al manso de un bajonazo, echándose fuera; un pinchazo, y una corta alta, después de 22 pases.

6.^o *Cornicorto*; negro, bragado y meano, voluntario y bravo; tomó nueve varas, dió dos caídas y mató tres caballos.

Regaterillo salió de primeras con un par muy trasero; siguió el Barbi con uno al cuarteo caído, y terminó Luis con medio par de sobaquillo.

Valentín, después de 12 pases, se arrancó con coraje en las tablas, y dió una buena estocada de la que el animal dobló.

RESUMEN.

¡Qué toros los del Excmo. Sr. Duque de Veragua! ¡Qué piara de bueyes se perdió ayer la agricultura! Exceptuando al sexto que, gracias á la bravura de Badila, pudo parecer más, mucho más bravo de lo que era realmente, los demás valieron escasamente el precio de la carne. Y decían por allí que habían costado *doce mil pesetas, ó sea cuarenta y ocho mil reales*. Si esto fuera cierto, había que confesar que las censuras que con tanta frecuencia se dirigen á los empresarios, son sumamente injustas, puesto que desembolsan enormes cantidades para salir luego con cerdos cornudos, como los de ayer, con perdón sea dicho.

Dejemos, pues, á los susodichos, y vamos con los lidiadores.

Salvador.—Hizo en su primer buey una faena de muleta superior, despegándose de las tablas con siete medios pases, dados con la derecha, sin rehacerse hasta que el manso se cuadró. Una docena de aficionados de Villamelón silbaron aquel toreo de muleta magistral, que otra parte más numerosa de público aplaudió ruidosamente. El matador se arrancó á matar dos veces desde la misma cuna, clavando una estocada en hueso y otra media; algo contraria la primera y alta la segunda, que hicieron caer al manso, indigno de tal muerte.

En su segundo, cuando los banderilleros y la plaza estaban dominados por el pánico que habían sembrado las carreras de liebre del animal, Frascuelo se irguió ante el peligro, y dirigiéndose completamente solo al toro, lo dominó en seguida con un admirable trasteo en corto, compuesto de tres naturales, siete con la derecha, cuatro de telón y dos preparados, después de los cuales, y enfilándose en la cabeza, entró á matar, como él sólo sabe, metiendo media estocada, que no fué entera porque el toro cerró los huesos al sentir dentro el acero. Una ovación templada premió el arrojo y la inteligencia de Salvador, que por lo demás estuvo en la brega y quites como siempre.

En suma, una tarde más, de primera para los aficionados verdad, que hay que añadir á las que les está proporcionando Frascuelo.

Cara-ancha.—En su primer buey trabajó bien con la muleta, y se arrancó á afianzar con coraje. Si salió rebozado con el toro, y la estocada resultó baja y trasera con exceso, hay que buscar la causa en haberse desviado el matador y haber dado el toro un verdadero quiebro cuando llegó á la reunión.

En su segundo, que acudía bien á la muleta, también se confió Cara-ancha y toreó deshahogado; en su primer estoconazo se echó fuera y se enmendó algo al pinchar á volapié en las tablas, porque al ver al toro completamente aplomado, el matador se tiró más derecho de lo que acostumbra. En los lances de capa, mal. Dadas las condiciones del ganado y la faena general, el trabajo de Cara-ancha resultó ayer más concienzudo y artístico, sobre todo en la muleta, que lo que ha hecho en las corridas anteriores.

Valentín Martín.—Pasó parado sus dos toros y en los dos arrancó con coraje; en el primer metisaca se le fué la mano, y en la estocada que dió al último toro quedó bien. Hay en el público de Madrid la deplorable costumbre de exigir lo mismo al torero que no tiene pretensiones, ni cobra mucho, ni bulle y se adorna, que al torero más grande de la cristiandad, mucho más si aquél no ha nacido en alguna de esas ciudades moriscas que dan hoy las credenciales de torero.

Y como nosotros juzgamos siempre con relación á la categoría de cada cual, nos atrevemos á decir que Valentín cumplió ayer muy discretamente y que hay otros de más pretensiones y mayor sueldo que lo hacen peor. Las cosas claras, ó no decir las.

De los banderilleros quedó superior, como casi siempre, el Ostión, que castigó á las reses con una guapeza y un poder extraordinarios, y se llevó las palmas de la tarde.

De los picadores sucedió lo mismo á Badila, que estuvo valiente, hizo bueno al sexto toro y fué muy aplaudido, y con justicia.

La Presidencia acertadísima al mandar quemar al quinto toro, que tomó una vara de refilón y dos acosado.

En lo demás algo pesada.

La entrada, un lleno hasta los topes.

D. JERÓNIMO.

NUESTRO DIBUJO.

En una de las corridas de toros verificadas en Bayona, hace próximamente treinta años, el picador Pinto mató un toro. Dirigía la lidia Cúchares, que trasteó al toro con el capote, hasta que estuvo cuadrado. Entonces se adelantó pesadamente Pinto, hasta colocarse en suerte, y citó al toro que acudió y derribó al picador, pero saliendo muerto de la mano con una tremenda estocada.

Este hecho que ha sido referido por un testigo presencial ha inspirado al célebre dibujante Daniel Perea el dibujo que publicamos en nuestro número de hoy.